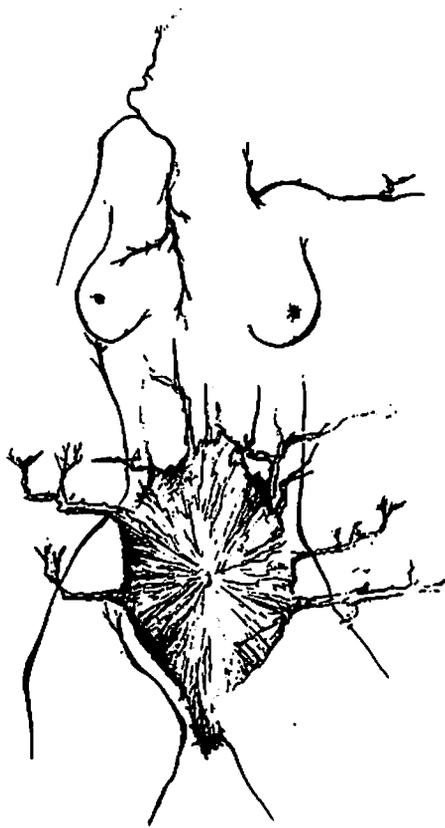




Sección a cargo de Guillermo Fernández

Alberto Savinio

Poltrondeamor



EL COMENDADOR Cándido Buey, de pronto, se da cuenta de que está con los ojos abiertos. No es luz diurna ni claridad de lámpara. Más bien parece la glauca luminosidad de un fondo marino. El silencio se parece también al de un fondo marino. Pero en el oído del comendador vibra todavía el recuerdo de una voz. ¿Qué voz...? Cándido empieza a ver lo que hay en torno suyo, poco a poco. Mueve la cabeza como si sólo ésta conservara todavía la facultad de movimiento; como si el cuerpo, en cambio, estuviera incómodamente encerrado en una caja de cura diatérmica. Ve con lentitud, y reconoce poco a poco algunas cosas que lo rodean. Redondeadas, opacas, familiares. «¿Por qué —piensa el comendador Buey—, por qué me quedé dormido en la sala principal?» En el aire se ha estancado un olor untuoso de cera destilada en lágrimas y un craso aroma de flores.

El comendador Buey se halla en la feliz condición entre el sueño y la realidad, que resuelve todos los problemas difíciles y revela los secretos de la vida.

El aroma de las flores es leve y flotante. Si se pudiera fotografiar el olor de las flores frescas, en la placa aparecerían muchas imágenes de mariposas, y los diferentes colores de las alas serían la concreción figurada de los distintos aromas.

Las axilas de Teresa también olían a flores frescas, hace mucho, mucho tiempo, en su ralo bosquecillo rubio bajo los delgados brazos de virgen. En cambio, éste es un olor avestruz, un olor guajolote, el olor pesado y sin vuelo de las flores viejas y mustias. El olor de las flores sentadas. El olor que despiden las flores aplastadas bajo un trasero. En rápida confrontación —que acelera el remolino de nuevos conocimientos—, el comendador Cándido Buey asocia este olor a flores viejas y mustias con el olor amargo que Teresa despide en las mañanas, cuando anda atareada con las labores domésticas, en alpargatas y despeinada, con la crema de noche todavía untada en la cara y vestida con esa bata sórdida de ramitas

Guillermo Fernández. Poeta y traductor. Es autor de, entre otros títulos, *La palabra a solas*, *La hora y el sitio* y *Bajo llave*. Ha traducido más de 50 libros del italiano, sobre todo de poesía.

amarillas, la misma que, aun estando colgada en el perchero del baño, despide un hedor punzante, como si estuviese viva y aún habitada por ella. Las flores también se cansan y sudan; y cuando se cansan apestan como apestan los hombres, como apestan las mujeres.

El comendador Cándido Buey se exalta con la novedad, sobre todo con la *verdad* de este pensamiento. Pero es preciso desarrollarlo, analizarlo profundamente. El comendador proyecta la creación de un taller para la limpieza de las flores, con un departamento especial para la desinfección. Imagina artefactos para lavar las flores, instrumentos para perfumarlas con nuevos y frescos aromas.

Tan contento está Cándido sin su idea, que quiere contársela de inmediato a Teresa. Extiende la mano derecha hacia el lugar de Teresa pero al no hallar el amado trasero en el lugar acostumbrado, su mano cae en el vacío, en un horrible vacío en cuyo fondo encuentra de pronto la dureza de la realidad.

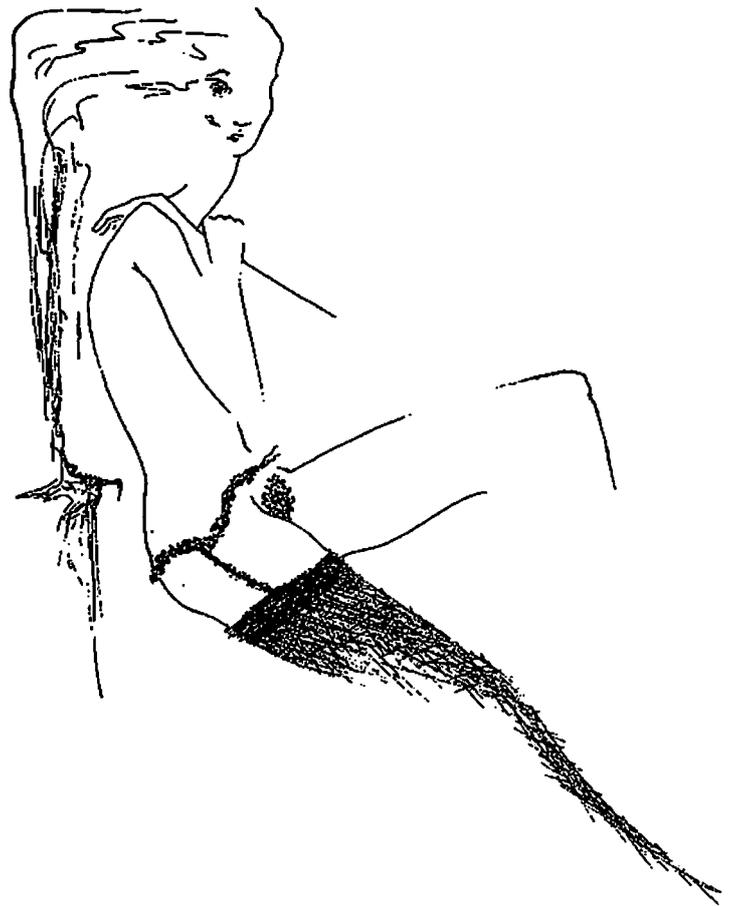
¡Teresa ya está sepultada!

Ésta es la única realidad. Enterraron a Teresa el día anterior. Al regresar del camposanto, Cándido Buey se encontró solo en toda la casa. Hasta Rosa, la «fiel» Rosa, lo ha abandonado temporalmente. Le dijo que «el corazón se le partía al ver la casa sin la señora Teresa», y pidió permiso para pasar un par de días en el campo, en la casa de su hermana. Cándido había colgado en el perchero su sombrero de paja, por dentro totalmente bañado en sudor. Y, por primera vez en toda su vida, se sentó en la vieja silla de tijera de la antesala: señal de que el orden de su existencia estaba totalmente alterado. Hasta entonces, nadie se había sentado en esa silla tan solitaria y tan casta, con el respaldo apoyado contra la pared, disciplinada como una escolapia en el locutorio. Su presencia en la antesala era sólo decorativa. Cándido miraba el sombrero de paja, con la copa circundada por un listón negro, balanceándose aún en la clavija del perchero; y cuando el sombrero dejó de moverse, Cándido se sintió más solo aún. Calvo, gordo, lustroso de lágrimas, de sudor, y vestido de negro, se inclinó sobre el arquibanco cubierto, como un altar, de un dosel recamado en oro.

Ante la idea de que Teresa ya no existe, Cándido se precipita de nuevo en un horrible vacío. ¿Qué cosa queda en el mundo si Teresa ya no existe?

Anduvo todo el día recorriendo la casa en busca de su Teresa. Abrió los armarios, sacó los vestidos, extendió calzoncillos, apretó entre sus manos los corpiños. Buscó a su Teresa detrás de los muebles, en los cajones, en el buró. Encontró un viejo corsé que sólo conservaba la mitad de las varillas, patinado por las secreciones sebáceas, y durante toda una hora lo tuvo pegado a su mejilla, como si quisiera aplacar las punzadas de una muela cariada. Besó largo rato las chanclas de Teresa, sobre los talones brillantados por el uso. Encontró la bata de ramas amarillas y lloró sobre el fiel indumento, agradecido de su hedor.

Llegó la noche, y Cándido no tuvo el valor para subir a la recámara. Lo acobardó la idea de acostarse solo en la cama matrimonial, en la que por cuarenta años seguidos se había acostado junto a su querida Teresa. Buscó un lugar donde los recuerdos fueran menos vivos. La sala principal se abría únicamente en ocasiones muy especiales, como la del día anterior, a fin de que Teresa, tendida entre los cirios y las flores, recibiera la última visita de parientes y amigos. Cándido buscó a tientas



uno de los divanes y se sentó. En el aire estaba estancado el untuoso olor a cera fundida y el craso aroma de las flores. Era evidente que se había quedado dormido en el diván, y que en el sueño había olvidado que Teresa estaba muerta. Qué extraño es el mundo de los sueños, en el cual los muertos vuelven a vivir y los vivos están muertos; en el que encontramos, amamos y odiamos hombres y cosas que sólo ahí existen, que se precipitan en un abismo desconocido al desvanecerse el sueño.

¡Muerta!

Cándido cae otra vez en el horrible vacío, y desde el fondo abismal oye su propia voz llamando con infinito dolor:

–¡Teresa...! ¡Teresa...!

Cándido se asombra al oír su propia voz, pero se asombra todavía más al oír otra voz, que pregunta:

–¿Para qué llamas a Teresa, si Teresa ya no existe?

Cándido reconoce esa voz, cuyo timbre se le había quedado en el oído. La voz que lo despertó poco antes.

Nadie responde; pero poco después esa voz agrega:

–No importa. De todos los que estamos en la sala, sólo uno tiene voz masculina. Así que tú también estabas enamorado de la señora Teresa...? ¡Pobre de ti!

Un coro de risitas recorre la sala y se apaga en la chimenea.

Cándido está tenso, escuchando anhelante. Escucha con los oídos, con el estómago, con las puntas de los pies, y, para escuchar mejor, extiende ambas piernas, como si fueran antenas.

–Pero ¿quién está hablando, si él está a solas?

Una vocecita muy joven dice:

–Si ese cascarrabias no quiere responder, allá él; pero sigue hablando tú, abuela.

La claridad es muy escasa pero suficiente para ver que, excepto él, no hay alma viva en la sala.

Otra voz, también joven, añade:

–Cuando nuestra decana no habla, esta sala se muere de aburrimiento.

Son voces extrañas. Voces sofocadas. Voces de tela.

Dice la voz que habló antes y que, comparada con las otras, suena muy grave.

–Respetemos el luto de la casa que nos alberga.

Muchas voces responden al unísono:

–Tiene razón.

Al oír tantas voces reunidas, una luz repentina se enciende en el ánimo del





comendador Cándido Buey. Esas voces extrañas, esas voces de tela son las voces de los muebles.

El efecto de este descubrimiento es tal, que anula cualquier cosa a su alrededor, incluso el recuerdo de la pobre Teresa. Pero se trata de una sorpresa que no le infunde temor, de una sorpresa casi sin sorpresa. La revelación de este mundo prolongado ensancha el ánimo de Cándido, lo recibe con profundo cariño infantil, y el comendador Cándido Buey experimenta la felicidad de volver al estado candoroso.

Vuelven a hablar las vocecitas juveniles, en las cuales Cándido reconoce ahora la voz de los silloncitos de seda carmesí, que están a ambos lados del diván donde él está acostado. Dice uno de los silloncitos.

—No te conocemos bien, abuela. Lo dices porque estás enojada con nosotros. ¿Qué tiene de malo que hablemos mientras los hombres duermen?

Cándido comprende que aquella a la que los dos silloncitos llaman «abuela» no es otra que la gran poltrona con brazos que está a la izquierda de la chimenea.

Toma la palabra la repisa que está a la derecha de la chimenea, en la que descansan algunos animales estilizados, entre los cuales hay un elefante de cristal con la trompa enrollada como cuerno de caza. Dice la repisa:

—Nosotros sabemos que eres muy pudorosa, abuela. Si tú supieras la risa que nos da cuando la Rosa viene por la mañana a hacer el aseo y te levanta el ribete, para pasar la escoba bajo tu enagua; y tú, mientras la Rosa te da la espalda, te la vuelves a bajar. La Rosa vuelve a levantártela y tú te la vuelves a bajar.

Tercia en la conversación el segundo de los silloncitos:

—¿Te imaginas el miedo que le daría a la Rosa si supiera que tú misma te bajas el ribete todas las veces que ella te lo levanta?

Habla ahora la gran poltrona con brazos, la que llaman «abuela», a los dos silloncitos carmesíes:

—Hijitos: no es pudor lo que me hace bajarme el ribete cuando me lo levanta la Rosa. Nada de eso. He visto demasiadas cosas en mi ya larga vida como para tener ahora pudores de esa clase. No, no es por eso. Me bajo el ribete para que no vean mis resortes rotos.

Los silloncitos preguntan, al mismo tiempo:

—¿Tienes rotos los resortes, abuelita? Yo no me había dado cuenta.

Y la abuela:

—Los jóvenes no pueden darse cuenta de muchas cosas. Ver es un arte, un arte difícil, que se aprende con el paso de los años. ¿Han visto que el comendador usa dentadura postiza? ¿Se dieron cuenta de que la pobre señora Teresa usaba peluca? Las personas mayores y con experiencia conocemos muy bien el arte del disimulo, que es la base de la vida civilizada.

La repisa pregunta:

—¿Quién le rompió los resortes, abuelita?

La abuela le responde:

—Esto no lo puedo decir.

—Pero ¿por qué? —preguntan a coro todas las vocecitas de los muebles de la sala.

—Porque es una historia que tiene que ver con la pobre señora Teresa, y mientras su recuerdo se mantenga vivo en esta sala, me gustaría abstenerme de cualquier comentario que pudiera mancharlo.

Al oír estas palabras, el comendador Cándido Buey dio un brinco en el diván –pero contrariamente a lo que podría suponerse, el motivo de tal brinco no se debía a la sorpresa del comendador al oír las palabras de la poltrona, sino a un fuerte movimiento sobresaltado que, bajo la pesada mole del comendador, produjo el propio diván.

–¡Ay, cuéntanos; no nos dejes intrigados! –invocan al unísono los muebles. ¡Cuéntanos! ¡Cuéntanos!

–Son jóvenes y no pueden saberlo; pero yo, que era coetánea de la pobre señora Teresa, conozco su vida al dedillo. Sí, puedo decirlo con orgullo: solamente yo conozco la vida de mi ama en esta sala. Si la evoco ahora, mientras el dolor de su muerte me acompaña, tal vez pueda servirme de consuelo. Ustedes son jóvenes, ninguno tiene más de diez años, y ésta es una circunstancia fundamental. Ustedes no saben que hace diez años nuestros patrones, por ponerse a la moda, para «actualizarse», como ahora se dice, vendieron en una bicoca los muebles robustos, suntuosos y opulentos que amueblaban esta sala, y los sustituyeron con muebles de este siglo, flacos, desnudos, incómodos.

–¡Incómodos, nosotros? –protesta uno de los silloncitos.

–¡Mide bien tus palabras! –agrega el otro silloncito. El hecho de que seas más vieja que nosotros no...

–Calma, niños –dice la abuela en tono pacificador. No soy tan tonta para tomar a pecho los defectos. Sólo quiero decir que al malbaratar los muebles antiguos, ya muy viejos y todo lo que se quiera, para sustituirlos con ustedes, apenas salidos de las fábricas que los engendraron, nuestros amos dieron muestra de comportarse de modo inconsulto e intempestivo, como todos los que en la actualidad se sienten arrastrados por la manía de la renovación. En este mundo, cariños míos, todo es cosa de saber esperar; tanto en el mobiliario como en la política, como en la vida misma. Lo viejo se convierte en estilo. Si el comendador y la señora Teresa hubieran tenido menos prisa y un poco más de olfato, esta sala sería hoy una de las más apreciadas de la ciudad; porque ya sabrán ustedes que el siglo XIX ha superado la fase de la antigualla chistosa para convertirse en un estilo respetabilísimo, no menos que el Luis XV o el Renacimiento florentino. ¡Ésta era una sala muy hermosa, llena de fascinación y misterio! ¡Oh, aquellos divanes, blandos como camas y profundos como barcos! ¡Aquellas poltronas ventrudas y soberbias, graves como tantas tías de trasero bajo, arabescadas de encajes y listones colgantes, con la puntita del pie que asomaba un poco bajo el ribete! ¡Aquellos pufs, semejantes a tibias cúpulas de terciopelo! ¡Aquellas alfombras tan pesadas, como prados de lana; aquellas columnas en forma de espiral! ¡Y los cortinajes, celosamente abrazados, que mantenían a la sala en una penumbra de bosque! Sólo a mí no me vendió mi ama al deshacerse de los muebles del siglo XIX, porque yo –y lo digo sin ninguna jactancia– no sólo era la coetánea de la señora Teresa, sino también su compañera, su amiga, su confidente. Ustedes son demasiado jóvenes y entraron ya tarde en esta casa; la conocieron cuando ella tenía ya una edad avanzada, con cabellos postizos y arrugas. Pero yo, que la conocí en sus buenos tiempos, puedo decir qué clase de mujer era. Hermosa, llena de brío y de vida, ingeniosa y alegre; pero, sobre todas las cosas, la mujer más amante del amor que he conocido en toda mi vida.



Una profunda emoción invade al comendador Cándido Buey al oír la evocación de los buenos tiempos de su Teresa, de su brío, de su ingenio, de su alegría; y está a punto de alzarse del diván para arrojarle a los brazos de la poltrona parlante, con la intención de abrazarla, pero las últimas palabras de la «abuela» refrenan de inmediato ese impulso y lo hacen recelar. Cándido busca rápidamente en sus recuerdos alguna prueba que justifique tal fama de amante del amor de su Teresa. Mientras tanto, bajo el trasero del comendador, el diván continúa sacudiéndose con mucho esfuerzo, como si quisiera desembarazarse de esa mole humana y decir lo que piensa; pero el comendador, atento a las palabras de la poltrona, hace caso omiso de los sacudimientos del diván, pensando que éstos se deben a su propio movimiento y a su nerviosidad, y trata de calmarse frotándose los muslos y las rodillas.

La poltrona continúa:

—No lo digo por vanagloriarme, pero sólo yo conozco la vida de la pobre señora Teresa; sólo yo sé de su vida en esta sala y quizá también fuera de ella. Todos creían que era una mujer de costumbres intachables, un modelo de fidelidad y una santa, sobre todo su marido; pero si me pidieran hacer una lista de todos los cuernos que esa pimentosa mujer le puso a nuestro buen comendador Cándido Buey —que con tanto esmero inconsciente le ha hecho honor a su nombre y a su apellido—, les aseguro que un mes no sería suficiente para hablarles del asunto. Y todo ocurría aquí, entre mis brazos amacarronados, sobre mi asiento tan mullido en otros tiempos, tan rebotante. ¡Cuántas veces, cuántas, cuántas! Y el señor Arturo, el socio de nuestro comendador, que portaba unos bigotes a la káiser, el que murió en la guerra a causa de un hueso de avellana que se le quedó atorado en el gañote; y el teniente Flordelís, aquel baboso, baboso, el de la cabecita lustrosa como un



manubrio y que no hablaba de otra cosa que de tenis y de bridge; y el profesor Rosci, el célebre cirujano, que se daba aires de deportista y no viajaba sino en su avioneta, el que se subía a su avioncito todos los domingos para ir a Venecia a comer bacalao hervido en leche, porque decía que sólo en la «Grangiola» sabían cocinar el bacalao en leche... A propósito: cuando Rosci se hizo amante de la señora Teresa y quería planear con ella una luna de miel, dicho cirujano fue a buscar al comendador para decirle que estaba enfermo de apendicitis y que era preciso operarlo de urgencia. El comendador se negó, y le dijo que se sentía bueno y sano, pero Rosci se lo llevó casi en vilo a su clínica, le abrió la barriga y volvió a cosérsela sin quitarle ni ponerle absolutamente nada, y lo internó durante cuarenta días, después de los cuales le presento la cuenta, que ascendía a veinticincomil liras; mientras tanto, ¡el cirujano y la señora Teresa se divertían de lo lindo sobre mi asiento! Es más: creo que mi primer resorte roto se lo debo al baile que Rosci y doña Teresa bailaron sobre mi humanidad, y me asombra que él, siendo cirujano, no haya pensado en volver a ponerme las tripas en su lugar. ¡Qué carnicería! Y muchos más, de los que ni siquiera recuerdo la cara, probablemente ni ella misma, pobrecita, porque ya le fallaba la memoria... ¡Ah, pero cómo no recordar a Franz, el tenor! Al gordo aquel, rosado como un cerdo, con su cara de lactante. Al tenor Franz le gustaba que le pusieran

sobre el trasero una caliente tortilla de huevos en el preciso momento del espasmo; y cuando la señora Teresa intuía que llegaba lo bueno, tocaba el timbre, y la Rosa llegaba corriendo desde la cocina con la sartén humeante. Ninguno se le escapaba. Ni el mismo señorito Enrico, óiganlo bien, el sobrino del comendador, que venía a pasar aquí la Navidad y la Pascua con su traje de colegial. Su tía lo guiaba a esta sala y lo sentaba sobre mí, lo desnudaba con muchos halagos y le decía que él era un angelito, que era necesario hacer de él un hombrecito. ¡Y cuántos más! Creo que si en lugar de ser una poltrona de sala fuera yo un sillón de dentista, no me habrían pasado por encima tantos traseros de todas las clases y medidas; y, sobre todo, no habría arruinado mis resortes como me ocurrió en esta casa. Estoy convencida de que la señora Teresa estaba encariñada conmigo; y cuando el comendador se deshizo de los muebles viejos porque «estaban deshilachados» y los cambió por muebles del siglo XX, ella, pobrecita, no quiso deshacerse de mí por nada en el mundo, y me conservó en prueba de afecto y gratitud, como se tiene en casa a una vieja y fiel doméstica, aunque ésta ya no se halle en condiciones de trabajar. «Pero ¿qué no ves que esta poltrona destartada desentona en nuestra sala nueva?», decía el comendador. «No importa», respondía la señora Teresa. «Le tengo mucho cariño a esta poltrona, y estoy segura de que me trae suerte».

Después de tantas gestas realizadas en mi campo de batalla, llegó el tiempo en que se marchitaron los encantos de la señora Teresa; pero su fogosidad guerrera no disminuyó y tuvo que conformarse con amantes mercenarios. Traía a la sala a boxeadores con caras de mastines, orejas de coliflor y con la piel del cuello como tallada en piedra pómez; a futbolistas y a toda clase de tipejos. Y después de esos amores tormentosos, despachados a la carrera y, podría decirse, a cuentagotas, seguían los chantajes, los llantos y las crisis de desesperación de la pobre señora Teresa. Pero también los amores comprados escasearon, fueron acabándose poco a poco, y de diez años a esta parte, la pobre señora Teresa venía sola a esta sala, se me sentaba encima y permanecía mucho tiempo en silencio, absorta en sus recuerdos... Muchas veces estuve a punto de manifestármele, de decirle que yo compartía su pena; pero los humanos no deben saber nunca que nosotros, los muebles, los vemos y juzgamos. ¡Ay de nosotros si ellos se dieran cuenta de esto! Recuérdenlo bien ustedes, que son jóvenes: ¡significaría nuestra ruina!

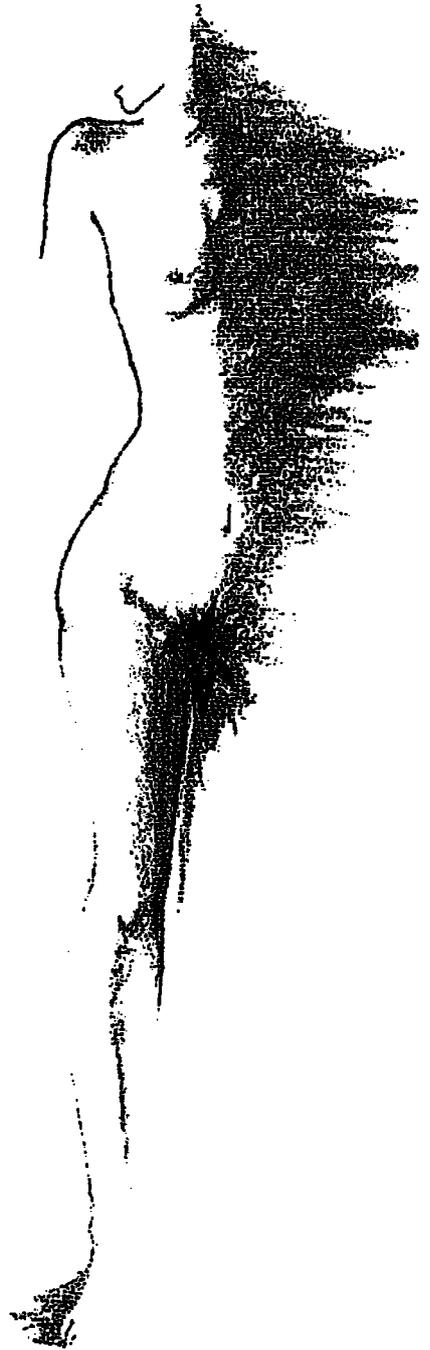
Una sillita carmesí dijo:

—De modo que tú, abuelita, jamás le revelarías al comendador Cándido que su mujer, que él considera una santa, era en cambio...

La poltrona le responde:

—¡Pero por nada en el mundo, hijita! Si hiciera lo que dices, no sólo me traicionaría a mí misma, metiéndolos a ustedes en un verdadero lío, sino que traicionaría también a la vida misma, a todo lo que con gran prudencia y honda sabiduría rodea a cada hombre con un denso velo tejido con tres hilos, que son la ficción, la ignorancia y la credulidad, sin los cuales los hombres se descuartizarían con mayor ferocidad que ahora; y los sobrevivientes, al no hallar a otros hombres en quienes desahogar su rabia, se descuartizarían a sí mismos y morirían por su propia mano.

Pregunta, a su vez, una sillita con patas de metal cromado, onduladas en forma de S, la cual, no obstante haber sido diseñada por un arquitecto funcionalista, posee agudeza crítica:



—Sácame de una duda, abuela. La señora Teresa tenía una casa muy grande y una cama muy amplia, como yo misma tuve ocasión de ver una vez que la patrona estaba enferma y encamada a causa de las fiebres reumáticas, y eran necesarias más sillas para acomodar a sus amigas que vinieron a visitarla. ¿Por qué, pues, escogía la sala para recibir a sus amoríos, y precisamente a ti, que, a pesar de ser amplia y mullida, resultas a la postre un campo de batalla más bien estrecho y algo incómodo?

La poltrona le responde:

—Por honestidad, antes que nada. A la pobre señora Teresa le gustaba satisfacer hasta la saciedad sus apetitos amorosos; pero por nada en el mundo se hubiese atrevido a profanar con extrañas compañías el lecho conyugal, en el que cada semana, puntualmente, ella se entregaba a su marido, «más por deber que por placer», como solía decirle al señor Arturo, el socio de nuestro comendador. En segundo lugar, por prudencia; porque a esta sala, la especial, nadie venía sino los martes, que era el día en que a la señora Teresa le gustaba recibir a sus amistades... Cuántas veces, mientras ella estaba encima de mí, solazándose con el señor Arturo o con el teniente Flordelís o con el cirujano Rosci o con su sobrino Enrico o con el tenor Franz o con cualquier otro, cuántas veces oímos que regresaba el comendador, que cruzaba la antesala con sus zapatos rechinantes; pero la señora Teresa ni se inmutaba ni interrumpía su amorosa tenzón, porque sabía que nuestro comendador, excepto el martes, por ninguna razón del mundo entraría a la sala «especial». Y en lo que respecta a haberme escogido como palestra de sus amores, no puedo menos que reconocer que hay lugares más cómodos e indicados para realizar los ejercicios que a la pobre señora Teresa le gustaba practicar. La pobre señora Teresa me tenía confianza y consideraba que los amores consumados en una poltrona eran menos comprometedores que los consumados en la cama. A todo esto hay que agregar que me escogió por superstición, porque, como ella misma le dijo al comendador, creía que yo le daba buena suerte. Pero yo, y que esto quede bien claro, no hablo sino de lo que sé, y no excluyo la posibilidad de que haya tenido otros lugares para consumir sus amores. Y con toda franqueza puedo decirles que si yo llegara a comprobar esto, no podría evitar ciertos celos. ¡Sólo eso me faltaría! ¡Yo fui su compañera, su confidente! ¡Yo sacrifiqué mis resortes a fin de que ella pudiera «sostener» sus amores...! Nada más oigan en que condiciones me encuentro ahora...

Se hace un gran silencio en la sala «especial», y unos instantes después de una espera palpitante, resuena un largo lamento metálico: «Damm...».



Al patético lamento producido por un resorte maltrecho de la vieja y fiel poltrona responde un quedo rumor como de telas desplegadas, señal de que los muebles estallan en carcajadas. Entre ese rumor destaca un tintineo argentino, lo cual indica que la araña de luces se suma al coro hilarante, sacudiendo sus gotas de cristal, como las hojas de los árboles.

En este preciso momento, el diván en que está sentado el comendador, da un brinco aún más violento que los anteriores, y, recobrando la voz sofocada bajo el quintal humano que tiene encima, y por el asombro, grita con voz entrecortada:

—¡Imbéciles! ¡En qué líos nos han metido! ¡Aquí encima tengo al comendador, que lo ha oído todo!

Un nuevo rumor se propaga en la sala al oír el grito de alarma, diferente al anterior y acompañado de un gran calosfrío, señal de que los muebles están muertos de terror.

Y en medio del rumor aterrorizado de los muebles, resuenan los gritos histéricos del comendador Cándido Buey, como los de un recién nacido al que, de pronto, le hubiese brotado en el ánimo un furor homicida. Y dando un salto prodigioso, el pesadísimo comendador llega hasta la vieja poltrona, sin tocar el piso, y empieza a golpearla con sus minúsculos puños, a desgarrarla con las uñas, a morderla ferozmente con su dentadura postiza.



Tres días después, muy temprano, Rosa entró en la sala «especial», armada de escoba y plumero, para limpiarla como de costumbre. Dio tres pasos en la alfombra, lanzó un grito, de sus manos cayeron escoba y plumero, salió corriendo de la sala y bajó precipitadamente las escaleras, sin dejar de gritar, e irrumpió en la casa del portero.

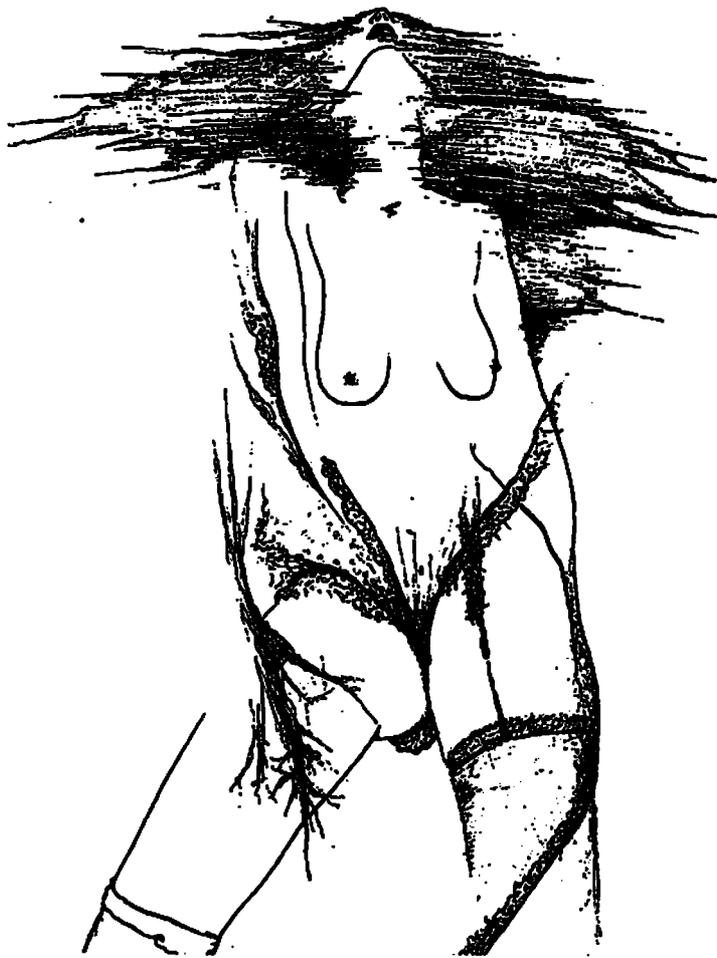
Minutos después, entraron en fila india a la sala del comendador Cándido Buey, Rosa tras el portero y éste tras un policía.

El cuerpo del comendador estaba en medio de la sala. La piel de las manos estaba hecha pedazos en la parte de los nudillos, con gruesos coágulos de sangre. Sobre la alfombra había un objeto ribeteado de blanco y, en medio, de color rosado. El policía recogió el objeto con delicadeza, en el cual reconoció —después de examinarlo con gran minuciosidad— una dentadura postiza. Delante del cadáver del comendador —ya en avanzado estado de descomposición—, yacía patas arriba la gran poltrona de la sala, semejante a una mujer con las piernas al aire: la poltrona «predilecta» de la pobre señora Teresa, el único mueble del siglo pasado entre tantos otros del siglo XX. Además de vieja, dicha poltrona se hallaba en muy malas condiciones: con los encajes del respaldo desgarrados, rotas las borlas de los brazos y con el ribete hecho jirones. Y puesto que la poltrona estaba patas arriba, podían verse algunos tirantes rotos y enmohecidos, como inmóviles serpientes enroscadas.

El polizone habló a la jefatura de policía desde la casa del delito. Poco después llegó un comisario de la seguridad pública; luego un juez instructor, seguido del médico forense. Después del médico llegó un reportero de *Il Messaggero* y, finalmente, un fotógrafo de *Il Piccolo*.

He dicho «la casa del delito» porque nadie, ni el médico forense, ni el juez instructor, ni el comisario de la seguridad pública, ni el portero, ni Rosa dudaban que el comendador Cándido Buey había sido asesinado. Todos los indicios revelaban el delito, y las manos ensangrentadas de la víctima, la dentadura postiza tirada en el piso y la posición de la poltrona demostraban, sin lugar a dudas, que el comendador Buey se había defendido con encarnizamiento.

Sin embargo nunca se supo el móvil del delito, ni se descubrió al asesino; y después de algunos días la práctica relativa al asesinato del comendador Buey fue arrumbada en los archivos de la jefatura de policía.





Y aún no se ha aclarado otro misterio: el cambio de color de los muebles. Rosa se lo dijo al portero inmediatamente después de abrir las ventanas y persianas de la sala, por orden del policía; y lo mismo le dijo a éste, después al comisario de la seguridad pública, luego al forense, al reportero de *Il Messaggero* y al fotógrafo de *Il Piccolo*. Y cuando éstos se hubieron marchado, se lo contó también a todos los porteros y a todas las sirvientas del vecindario. Rosa aseguraba que los muebles de la sala «principal» eran de diferentes colores antes del asesinato: azules, amarillos, rojos, verdes... Y que ahora todos eran de color blanco. El comisario, el juez instructor y todos los demás la habían escuchado con más indulgencia que atención, y se retiraron meneando la cabeza. Estando ya en la calle, el forense, con precisión de especialista, le explicó al juez instructor que el *shock* había perturbado las facultades mentales de la pobre mujer.

El cambio de color de los muebles sigue siendo un misterio. Nadie sabe, ni sabrá nunca que, en el mismo momento en que el diván dio la señal de alarma para decirles que el comendador estaba ahí presente y que había escuchado todo lo que había dicho la poltrona, los muebles de la sala «especial» fueron presa de tal terror, que todos ellos, incluso los más jóvenes y los silloncitos que flanqueaban ambos lados del diván —muy niños todavía—, *encanecieron de golpe*.

Acostumbrados a ceder a las más burdas impresiones físicas y demasiado torpes aún para percibir las sutilezas inefables que rodean nuestra vida, los hombres no saben escuchar la voz de las cosas que, por ignorancia, ellos creen inexistentes; no saben ver los paisajes que pueblan el aire que creen vacío, por causa de su indiferencia, y andan por entre tantos misterios con sus grandes cabezas que no entienden y con ojos vendados que no miran. ○

Alberto Savinio, pseudónimo de Andrea de Chirico (Atenas, 1891-Roma, 1952), se ha venido consolidando en los últimos tiempos como el más brillante y profundo narrador del surrealismo. En una carta dirigida a éste, André Breton le confesaba que los verdaderos creadores de esta corriente artística eran Alberto Savinio y su hermano Giorgio de Chirico, y que a él le había tocado en suerte ser el teórico de dicha corriente.

Desde un principio, la obra ensayística y narrativa de Savinio —«ese monstruo de genialidad intelectual», según palabras de Giacomo Debenedetti— se abocó a la desacralización de las ideas preconstituídas, de los mitos y de todos los esquemas dominantes, a fin de colocar al sujeto en el centro de la historia, subordinando ésta al sujeto, tal y como habían hecho Schopenhauer y Nietzsche. Savinio sostenía que la Historia es una cosa demasiado importante para dejarla en manos de los historiadores, y que «el mayor peligro de la política consiste en que ésta es practicada por los políticos».

Stefano Lanuzza, uno de los más entusiastas e inteligentes «exhumadores» de la obra saviniana en los años setenta, nos dice que «con tal visión de la Historia, Savinio se adelanta a la crisis del rechazo a las ideologías, a los modelos de los falsos significados impuestos por éstas».

«Podemos afirmar que Savinio fue el único escritor italiano que —en una época de fidelismo chovinista y de las supuestas certidumbres revestidas con el «magnífico destino» proclamado por el fascismo— sintió el deber y tuvo el coraje de ir abiertamente contra la corriente, llegando no sólo a hablar mal de Garibaldi, algo impensable en aquellos tiempos, sino además, cuando fue necesario —corriendo el riesgo de desconcertar a sus propios coetáneos, o aún peor, de ganarse la compasión de ellos—, se atrevió a promover el descrédito y la demolición del poderoso dios de la Biblia, como si se tratara de cualquier otra deidad o ídolo: «Si queremos combatir a los dictadores, tenemos que empezar con el primero de ellos: Dios» (A. Savinio, *La nostra anima*, documento, Roma, 1944, p. 26). Savinio declara ahí que esta deidad intocable es un enemigo de la inteligencia libre; piensa que se trata de una quimera falocrática y telúrica engendrada por el sueño de la razón, portaestandarte natural de los nuevos dioses del mundo, Hitler y Mussolini, quienes son como dioses vistos de cerca, mientras el mismo dios, puesto a prueba, no es más que Hitler o Mussolini».

Savinio murió en Roma en 1952, dejando tras de sí una obra constituida por numerosas novelas y relatos; ensayos literarios, musicales y pictóricos; óperas, comedias y una obra pictórica hermana en muchos sentidos de la de su célebre hermano Giorgio de Chirico. En todas las facetas de su arte predomina el continuo ataque a todas las formas de la hipocresía humana, a la que fustiga siempre con una sonrisa en los labios y un dejo de compasiva y constante melancolía.

Este cuento forma parte de *Tutta la vita*, Bompiani, Milán, 1969, cuya traducción aparecerá próximamente en la colección «Nuestros Clásicos» de la UNAM.